

Gestión y autogestión en la cultura. Búsquedas de ciudad.¹

Roberto Guerra V.²

¹ Publicado en Revista *Foco* N° 76, Ideas de Ciudad. Cedido por el autor para ser publicado por la Escuela de Gestores Culturales. Editado por Escuela de Gestores y Animadores Culturales, Chile.

² Gestor Cultural, Director Escuela de Gestores y Animadores Culturales, Universidad Católica Silva Henríquez.

En un rincón de Santiago al borde de la ciudad, cada fin de semana el inconfundible ritmo de la murga recorre la población San Daniel de la Unidad Vecinal 25 de Pudahuel. Se trata del Taller “El Futuro es Nuestro, ELFEN” que en sus ocho años de vida ha formado a más de doscientos niños y jóvenes en el arte circense y motivado con ello su participación social. Una experiencia que se reconoce en la práctica misma, alejada de tecnicismos, con todas las ventajas y limitaciones que ello supone.

Felizmente, ejemplos como este son más comunes de lo que se piensa, lo que habla de la siempre inquieta capacidad asociativa del mundo de base que se recrea y reinventa permanentemente.

Santiago como toda capital es escenario de una nutrida gama de experiencias que configuran una oferta cultural tan rica como diversa y que en forma de Festivales, conciertos, exposiciones, muestras, fiestas, instalaciones, ferias, seminarios, copa muros y diarios. Son estas mismas expresiones las que permiten advertir la “disputa por los contenidos” que lleva implícita la acción en el campo cultural en donde la vanguardia se cruza con lo conservador, lo público con lo privado, el trabajo “por amor al arte” con la industria cultural, lo “oficial” con lo “alternativo”. Distintas búsquedas desde lo cultural en el colorido mosaico que es nuestra ciudad. De este modo, aquello que no cabe en los medios de comunicación, lo incómodo, lo negado busca como siempre sus propios espacios para hacer, configurando quizás uno de los sectores más interesantes de este campo, el de la gestión cultural comunitaria.

Los centros culturales, radios y televisoras comunitarias, centros juveniles, colectivos artísticos de diversas disciplinas, el arte circense, las murgas, batucadas, brigadas muralistas, bibliotecas populares, medios de comunicación barriales, la animación infantil, son testimonio de una actividad intensa y sistemática que se articula en torno del trabajo voluntario. Hablamos de un sector en constante movimiento y desarrollo que no espera orientaciones de ningún tipo para actuar, lo que configura su sello de identidad: el hacer y emprender desde la práctica concreta.

No deja de llamar la atención un número significativo de estas experiencias transitan a prudente distancia de la institucionalidad cultural enarbolando la bandera de la “autogestión” como principio de funcionamiento.

Sin duda que en ello influye de manera determinante una enorme lista de malas experiencias matizadas con de falta de apoyo y la desconfianza que aún despierta en algunas sectores nuestra joven institucionalidad cultural, sumado al desconocimiento de las oportunidades que representa la articulación público-privada en lo social. Sin embargo, las prácticas de autogestión son consustanciales al surgimiento de la gran mayoría de las organizaciones comunitarias, y representan una saludable y necesaria etapa por la que hay que transitar.

Muchas de estas acciones son llevadas a cabo por “gestores” los que sumándose a la tendencia han encontrado una denominación para su trabajo, lo que en el escenario actual se traduce en un posicionamiento distinto al del otrora “monitor”.

No se trata solo de un cambio de nombre, sino del tránsito de una *forma de hacer* a otra diferente, lo que hace necesario problematizar tanto el sentido como el quehacer de las prácticas de gestión cultural en nuestro país. Podría decirse incluso que quedan pocas dudas acerca del aporte que viene haciendo la gestión cultural al mejoramiento de las prácticas que se llevan a cabo en este sector, así como también, que quedan muchas dudas respecto del impacto que su énfasis en la gestión y el producto por sobre el sentido, tienen en el quehacer cultural.

Desde su arribo a nuestro país, la Gestión Cultural en tanto práctica y concepto, ha ido seduciendo al conjunto del campo cultural chileno al punto de dejar casi en desuso las tradicionales “actividad”, “proceso”, “público”, para hablar hoy día de “emprendimiento” “producto”, audiencias”, configurando un verdadero glosario que hoy domina las conversaciones de los gestores.

La noción de profesionalización de la Gestión Cultural vino a instalar mas adelante la necesidad de asumir el desafío de abordar la formación de los nuevos gestores, trayendo como consecuencia inmediata un incremento notable de la oferta de formación en Gestión Cultural, pero su alto costo económico las hace económicamente prohibitivas para los actores culturales locales, generando la paradoja de gestores de primera y segunda categoría, de acuerdo a si han podido o no certificar sus competencias y no por la calidad o mérito de su trabajo.

Aún con lo evidente que pudiera resultar, conviene recordar que los gestores anteceden a la gestión cultural. Baste señalar la Feria de las Artes Plásticas en el Parque Forestal, los murales de la Brigada Ramona Parra, Los Festivales de la Nueva canción Chilena, los Festivales Víctor Jara, el movimiento de las Peñas Folclóricas, la Coordinadora Muralista, el Encuentro de Teatro Popular Latinoamericano, ENTEPOLA, el Gran Circo Teatro, quizás algunas de las más representativas experiencias donde es posible encontrar gestores, mucho antes que comenzara a hablarse de gestión cultural en Chile.

Así las cosas, resulta necesario entre tanta gestión y proyecto, volver a ocuparse del sentido y destino de la actividad cultural, para desde allí comenzar a dibujar una gestión cultural que inaugure nuevas conversaciones y ponga al centro de sus preocupaciones no solo la certeza de la técnica, sino la inquietud de la pregunta y ojos abiertos para captar la riqueza de todo aquello que Santiago esconde y a la vez genera. •